

se como se trataba de un pueblo que tenía anales escritos miles de años antes del nacimiento de Cristo. Poco después, cuatrocientos sesenta literatos que no habían querido expresarse en sentido favorable a la conducta del emperador, fueron ejecutados con los refinamientos de crueldad habituales en China.

Este Nerón sinense es el autor de la gran muralla. Su carácter emprendedor, su orgullo, su deseo de aislarse del resto del mundo y de conservar a China — contra las doctrinas de Confucio — en estado de eterna ignorancia, madre de la sumisión incondicional, le sugirieron el proyecto. Casi siempre estos déspotas locos han dejado rastro de su paso por el trono en construcciones extraordinarias, por nadie pensadas ni discurridas. Tsin-chi-hoang-ti, entre otras ocurrencias, tuvo la de copiar en el suelo, con palacios, ciudades y aldeas, las constelaciones del cielo, la Vía Láctea. En cuanto a la muralla, cuyo diseño total debemos a los misioneros, es obra tan desmesurada, que con los materiales en ella empleados podría construirse un muro de seis pies de altura y dos de espesor, que diese dos veces la vuelta al mundo. Guarnecía esta muralla-fortaleza un millón de soldados, y no bastó para impedir la invasión tártara; como no basta jamás un obstáculo material para evitar un suceso que está en la conciencia de la historia. Por eso la muralla de la China será siempre emblema del afán con que el pueblo sinense procura separarse del resto de la humanidad, y archivar a todo trance sus antiguas instituciones, leyes, costumbres y usanzas.

¿Es un bien, es un mal ese sentimiento tenacísimo que apega a los pueblos a su ser moral y les obliga a seguir siendo lo que una vez fueron? ¿Es salud, es enfermedad? Nadie podría resolver de plano estas preguntas, sin vacilación, sin convertir la mirada hacia sí mismo, hacia la patria donde nació y en la cual mil detalles podrían recordarle las tenacidades del tradicionalismo en el Celeste Imperio.

Porque, a no dudarlo, esta arremetida de los chinitos contra los extranjeros es un caso de tradicionalismo. China es tradicionalista como ningún pueblo del orbe lo ha sido ni lo será. Y China — pueblo de cuya existencia solemos olvidarnos — es el más antiguo y el más vasto imperio de la tierra. Su civilización se remonta a edades en las cuales Europa se encontraba cubierta de selvas é infestada de *urens* y renos; y su civilización alboró, creció y se desarrolló dentro de su mismo territorio, sin que ni el comercio ni la conquista le trajesen elementos de fuera para dirigirla ó modificarla. Ni aun la introducción de una creencia tan extendida como el budismo influyó en la cultura china; estaba del todo formada cuando recibió las doctrinas de Fo ó Sakiamuni.

La propia configuración de China la condena al aislamiento. Es una inmensa meseta salpicada de montañas, separadas del resto del universo por mares, cordilleras y desiertos. Rica y fértil, bastándose a sí propia, China aborrece al extranjero porque no le necesita. La solidaridad humana — sentimiento muy escrito, pero muy poco real — ha nacido quizás de la imperiosa ley del cambio; del comercio. En la prodigiosa extensión de China concóncense todos los climas, desde los polares á los tórridos; y este país, variadísimo y de terreno profundo y rico, está cubierto de densa población. En su territorio nacen el oro y el hierro, y también se conocen, producción extraña!, pozos de fuego líquido, como los hay de agua en nuestras regiones.

Ante ese pueblo arraigado, solariego en el globo, nosotros somos unos *parvenus*, unos señores de ayer acá. Nuestras historias más viejas parecen recientísimas al lado de esos anales de cuatro mil años antes de nuestra era. A esa fecha se remontan los caracteres, los difícilísimos caracteres de la escritura china. Y aun antes de esa fecha, la China aparece ya mandada y regida por un emperador.

Ved el tradicionalismo chino. Nunca se conoció allí otra forma de gobierno sino el imperio. Grecia, Roma, tienen repúblicas, consules, tribunos, tiranos, césares; los hebreos, jueces, reyes, tetrarcas; los chinos, desde hace sesenta siglos, vienen sujetos á un emperador. Todo lo bueno que se hace, todo lo útil que se inventa, á los emperadores se atribuye. El uno idea la guitarra, redacta el calendario, profesa, como Orfeo, la música; el otro construye el primer arado, enseña al pueblo á sembrar el trigo, escribe el primer libro sobre arte militar, instituye la medicina. ¡Extraña tierra! Yo confieso que de todas las cosas raras de China, la que más me preocupa es el dragón. ¿De dónde se origina ese culto y veneración por el dragón? ¿Qué es el dragón? ¿Existe siquiera algo que se parezca á ese fabuloso animal, viviente en la fantasía de todos los pueblos antiguos, que para nos-

otros simbolizó el mal, y para los chinos el bien, el honor, lo más sagrado de la tierra? Fu-hi, el emperador mítico, el Moisés chino, dijo que había visto sus leyes escritas en el dorso de un dragón. Desde entonces, el dragón es el numen de China.

Desde fuera, es muy fácil reirse de esta civilización tantas veces secular y de esta raza amarilla, pedantesca y pueril, que toda se vuelve máximas y sentencias morales; pero yo comprendo el fanatismo tradicionalista de los chinos: su organización es sólida, y su aislamiento, su *muralla*, una fuerza más. Poseen un gobierno paternal y una administración barata. Su arte, aunque amanerado, es delicado y exquisito. De lo que sucede hoy allí, nada sabemos á ciencia cierta. Se oyen cosas novelescas, dramáticas, pero no se confirman. Ignoramos por qué va á encenderse acaso la guerra universal. No estamos seguros de que los diplomáticos hayan sido asesinados con lujo de horribles detalles. Todavía puede suceder que resuciten, que se aparezcan sanos y buenos, rodeados de toda su familia, de la cual refiérese que han hecho una hecatombe antes de sucumbir. Puede ser que de esta falsa alarma resulte asegurado y protegido en China el cristianismo, única religión con la cual se han mostrado intolerantes esos tranquilos racionalistas que admitieron sin oposición el budismo, á título de religión sencilla, para el pueblo.

El calor es otro tema de actualidad. En Madrid el termómetro marca 41 grados á la sombra: una temperatura propiamente senegaliana. En Londres, en París, en Nueva York, se muere de insolación la gente; y sin embargo, no se ha pasado de 37 allí. Y al leer estos datos aterradores en la prensa, me siento penetrada de reconocimiento profundo hacia Galicia, la fresquísimá región donde el calor es un nombre vano, donde nunca falta la deliciosa brisa de montaña ó de mar, donde no se ha registrado una defunción por calor desde que el mundo es mundo, y donde, como estos últimos quince días, suave velo de grises nubes mitiga el ardor del sol, y refresca la atmósfera, al anochecer, fina *brétema* húmeda, bienhechora de los pulmones.

Seguamente Galicia es el país más fresco de España en verano y el más templado en invierno. En la provincia de Pontevedra el termómetro no oscila más de lo que oscila, por ejemplo, en Alicante. Aquí se desconoce la nieve y se ignora el excesivo ardor del sol. Una eterna primavera, gracias á la cual las camelias y las begonias florecen al aire libre y las rosas dan doble cosecha, en mayo y en noviembre.

El calor de este año en Europa debe de ser diferente del que en otras épocas se ha padecido, puesto que se discute, entre los sabios, si hace tanto calor en el Congo, y si llegó jamás á este extremo en París y Londres. Y de la discusión ha resultado que, en efecto, sólo dos veces durante este siglo se sintió igual calor, y que en el Congo hace menos, sólo que lo hace más tiempo seguido. Pero consolémonos: los mismos sabios vaticinan que todavía nos queda un mes de sufrir las caricias del sol canicular, y que, si el calor se aplaca, se desarrollarán tormentas violentísimas.

En casos como el presente, debían modificarse los trajes, y admitirse el escote en la calle, y suprimirse el atroz cuello almidonado que padecen los hombres. He aquí por qué el calor en el Congo no es tan insufrible como aquí. Los congoleños van ligeros de ropa, se bañan en los ríos cuatro ó seis veces al día, comen vegetales, y así sobrellevan bien los rigores del estío. No sabemos que en el Congo se caigan muertas las personas como en los Estados Unidos y Francia.

Una obra de Echegaray, *El loco Dios*, nos viene de fuera, y por ello excita doble interés en nuestro público. Lo que se estrena en París reviste aquí cierto carácter de novedad extraña, más graciosa é interesante que si hubiese nacido en la escena española. Veo que en Barcelona se han dividido las opiniones, y que unos aplaudieron con entusiasmo lo que otros recibieron con desagrado ostensible. Asimismo veo que el primer acto gustó sin discusión alguna. Es ya achaque antiguo este en el teatro de Echegaray. Si los últimos actos correspondiesen á los primeros, no habría existido otro dramaturgo de más alto vuelo y de concepción más atrevida y maravillosa que el ilustre autor de *El gran Galeoto*.

No conozco su última producción, pero ya sé que en ella habrá la marca, la garra, el sello especial de este autor que posee tantos dones, y á quien sólo faltaría (¿pero acaso es compatible con su modo de ser?) acercarse á la realidad para recibir de ella el agua de vida.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VIAJES. — CHINITOS. — EL CALOR. — ECHEGARAY

La vida contemporánea, es hacer la maleta é irse por esos mundos... Los periódicos no hablan sino de expediciones; no hay quien en estos momentos no se dirija aquí ó acullá, adentro ó afuera, según sus aficiones, gustos y necesidades. Los unos se van á las playas, donde se respira anchamente la brisa salitrosa; los otros prefieren los aires fríos y puros de la sierra; éstos se lanzan á arrostrar los precios exorbitantes de la Exposición, contemplando allí todas las maravillas que pregonan los diarios; aquéllos, más cautos ó ahorradores, se encierran en sus casas, abrazados á la jarra del agua fresca, y aguardan á que pase el sofocón que nos abruma.

Y entretanto, la prensa, á falta de asuntos más substanciales, trae y lleva el de las *traiñas* ó *cercos de jareta*, acerca del cual, gallega como soy, no tengo opinión alguna, pues los pareceres andan discordes, y si para algunos la trainera es la destrucción de la pesca, para otros es la vida y el sustento de los pobres. No es posible, lo repito, entender esta cuestión no siendo de oficio sardinero, fomentador ó un nuevo Cornide, tan inteligente en piscicultura. La verdad es que nos devanaríamos los sesos y andaríamos preocupadísimos siempre, á no resignarnos de antemano á que son infinitas las discusiones en que no podríamos echar nuestro parecer en la balanza.

Obscuro también, entre los más oscuros, es ese problema chino de tan palpitante actualidad. Si un pueblo fantástico, que apenas miramos sino como tema ornamental de telas, abanicos, porcelanas, biombo y cajas de laca, se aparece pretendiendo influir en la vida de los blancos europeos, ó segregarse de ellos alzando, en el terreno moral, otra muralla como aquella que se extendía desde el golfo de Liao-Tung ó mar Amarillo, hasta la extremidad occidental de la provincia del Chen-si, en un espacio de quinientas á seiscientas leguas, el caso merece pensarse. La muralla da idea de la insensatez china, del delirio manoso y tenaz de esas cabezas de calabacín con rabos de ratón. El emperador que fundó la celebre muralla se llamaba Tsin-chi-hoang-ti, y de él habría mucho que decir; no pasó inadvertido para la historia. Fué el gran enemigo de los literatos, y se apoyó en los militares. Reinaba unos doscientos diez y nueve años antes de la Era cristiana, pues este singular pueblo chino posee las instituciones más antiguas del mundo. Los literatos, empeñados en servir de algo, dirigían acertadas observaciones al Hijo del Cielo; pero él los mandaba... á estudiar, previniéndoles que ya les avisaría cuando necesitase sus consejos y advertencias. Después este emperador, atento á las soluciones prácticas, hizo que le llevasen en un palanquín al convento de bonzos situado en la cima de una montaña, para buscar allí el elixir de la inmortalidad. Y entonces los literatos, convencidos de que tenían que habérselas con uno de esos reyes inquietos á quienes el soberano poder ofusca y ciega, de suerte que no reconocen valla ni freno á sus caprichos, le recordaron que el mando se acaba, que no son eternos los emperadores, y le recomendaron que imitase las hermosas acciones de los monarcas de las dinastías *Yu* y *Tchen*. Y el soberano, cansado de encontrar en los literatos un límite á su absoluto poder, ordenó una quema general de libros, devastación más terrible y pérdida mayor que la de Omar. Sólo Dios sabe qué preciosos documentos y datos para la historia perecieron en tan bárbaro auto de fe, tratándo-